

Después de Pancasán, la represión desatada por el somocismo logró prácticamente desarticular a la generación de revolucionarios que organizaron y sobrevivieron esa gesta heroica. A raíz de este hecho histórico, la fisonomía del FSLN experimenta un cambio, que se expresa en nuevos métodos conspirativos de trabajo y una nueva calidad en sus enfoques, a partir de lo cual se reorganiza, nutriéndose de nuevos militantes, que desde los años 1969-1970 impulsaron la continuación de la lucha armada. Asimilando las experiencias vividas, se adoptan métodos de trabajo dirigidos a neutralizar con mayor efectividad la represión y a vincularse aún más a las masas en el desarrollo del trabajo conspirativo.

Durante el período 1968-1970, Ricardo Morales se encuentra prisionero y para las nuevas generaciones de sandinistas, su prisión significaba un acicate moral. Era el dirigente sandinista de mayor nivel que se encontraba en la cárcel. Representaba un ejemplo de firmeza revolucionaria (al ser capturado, la única información que brinda al enemigo es la confirmación orgullosa de su militancia sandinista, para luego, en consecuencia, negarse a dar información alguna a los órganos de la seguridad), y existía la certeza de que Ricardo era el prisionero al que menos estaba dispuesto el enemigo a poner en libertad: con él, más que con cualquier otro, los órganos represivos del somocismo practicaron el conocido “pisa y corre”

De la actitud firme e ineludible mantenida por Ricardo en las mazmorras de la dictadura, dan fe los hechos; en sus numerosos escritos reflejó fielmente que ni las torturas ni la soledad lograron mellar la moral revolucionaria del dirigente, su confianza ilimitada en que el futuro pertenecía al FSLN, a los explotados y oprimidos de Nicaragua:

“Ahora estoy aquí, prisionero porque lucho por una causa justa.
¿Cuál será mi destino? Lo importante es que estamos al lado del pueblo,
y que estamos haciendo su historia.”

“Parece extraño. Siento como si hace años me hubiera preparado para esto. ¿En qué tiempo estuve moldeándome? Mientras tanto espero confiado, porque la ira cabalga el viento de mi pueblo.”

La claridad, firmeza y combatividad de sus escritos, debidamente avalados por una práctica consecuente, hacen de ellos, hoy que se reeditan, un arma imponderable para la forja de las nuevas generaciones militantes, enfrentadas a los problemas de esta etapa de la Revolución Popular Sandinista.

Seguramente su lectura dará a nuestro pueblo el estímulo necesario para movilizarse en las batallas del presente, con el mismo ánimo que en 1971, cuando precisamente como producto de las grandes presiones de masas, y en particular del movimiento estudiantil, se logró rescatar a Ricardo de las manos de la dictadura. Leer a Ricardo es conocer y poder seguir el ejemplo de quien nomás sale de la cárcel, se coloca de manera inmediata, junto a Oscar Turcios, al frente del trabajo organizativo, asumiendo nuevamente sus responsabilidades como miembro de la Dirección Nacional.

La personalidad de Ricardo hay que valorarla a través de distintos hechos, como que al momento de salir de la cárcel, en la comprensión de que su papel se vería limitado si pasaba directamente a la clandestinidad, decide mantenerse en una condición de legalidad. Esta actitud resulta tanto más significativa, si tomamos en cuenta que el enemigo usó muchos mecanismos para mantenerlo prisionero, partiendo de la valoración que le daba como elemento de alta peligrosidad para el sistema, situación ésta que convertía a Ricardo en un elemento vulnerable a nuevas acciones represivas. Ubíquese esto en aquellos momentos realmente difíciles, en los que nosotros no podíamos ofrecerle a nuestro pueblo más que la justeza de nuestra lucha, la moral, la consecuencia, dado que todos los antecedentes inmediatos habían sido reveses. El revolucionario actúa entonces pensando en función de las necesidades de la organización, independientemente de los riesgos personales que su decisión conlleva.

Ricardo desarrolla su trabajo dentro de un marco legal relativo. Más bien se trataba de una condición de legalidad, tendiendo a la clandestinidad: no fija residencia en ningún lado, no tiene paradero fijo, su acceso y retirada a la Universidad (a la que se había reintegrado como catedrático, a fin de justificar y darle cobertura a su actividad revolucionaria) las hacía tomando una serie de medidas de seguridad, que impidieran —o dificultaran— al enemigo el control sobre su movimiento.

Las difíciles condiciones en que nos desenvolvíamos por esos años, determinaban que nos encontráramos con una serie de proble-

mas, como carecer de la infraestructura operativa mínima necesaria. Entre otras cosas, el temor que había logrado desarrollar la guardia somocista en nuestro pueblo, limitaba las posibilidades de contar con casas de seguridad, lo que significaba que los hombres clandestinos —sobre todo los dirigentes— se desenvolvieran inevitablemente con esa carga operativa. En esta situación, la decisión de Ricardo permitió potenciar más su trabajo, dado que, entre otras cosas, pudo darle mayor amplitud al desarrollo de su actividad revolucionaria.

La situación de legalidad le permitió incidir en la formación acelerada de una serie de compañeros, muchos de los cuales llegaron a ocupar responsabilidades dirigentes en las filas del FSLN, tales como Luis Carrión, Joaquín Cuadra, Alvaro Baltodano, Dora María Téllez, Mónica Baltodano, Martha Cranshaw, Carlos Zamora, Carlos Carrión, así como de compañeros que cayeron en el transcurso de la guerra de liberación, como Edgard Munguía, Roberto Huembes, Oscar Pérez Cassar, y otros que pertenecieron a esa nueva forja de militantes del FSLN.

Compartimos con Ricardo, sin dejar de ser su discípulo, esa amplia labor de formación político-ideológica de una serie de militantes sandinistas que estaban destinados a fortalecer el FER, a penetrar y desarrollar organizaciones obreras y vecinales, o realizar otras tareas que demandaba el quehacer revolucionario en el orden conspirativo o militar.

Dicha experiencia nos permitió conocer uno de los rasgos más relevantes de la personalidad de Ricardo, que, lógicamente, nace de su vocación revolucionaria y de su claridad acerca del papel del dirigente. Nos referimos a la constante práctica de pedagogía política que hacía: no había temática o situación que no le resultaran oportunas para transmitir criterios y enfoques políticos que ayudaban a comprender y analizar mejor los factores políticos que incidían en la lucha revolucionaria, así como a superar métodos de trabajo y la práctica revolucionaria concreta.

En toda su vida militante, a Ricardo le tocó desempeñar ese papel de educador político, de forjador de las nuevas generaciones de militantes. Le tocó luchar ideológicamente contra algunas concepciones que limitaban y podían incidir negativamente en el desarrollo del trabajo revolucionario: atacar las corrientes claudicantes y de vacilación ante el enemigo. Su carta "En torno a la renuncia de Axel Soma-

rriba”, bien podría aplicarse a fenómenos que recientemente conociera nuestro proceso:

“Cuando un supuesto combatiente de la revolución abandona las posiciones revolucionarias para internarse inconsecuentemente en las posiciones contrarrevolucionarias, descubrimos que lo que en realidad hace es asumir el papel de defensa de la dominación de clase, de cómplice de la dominación burguesa e imperialista. Tal es el caso de Axel Somarriba.”

“Condenamos enérgicamente — como el pueblo condena a sus enemigos y traidores— a quienes, como Axel Somarriba, a fin de ocultar su falta de firmeza revolucionaria, a fin de satisfacer oscuros intereses personales, y dar salida a sentimientos de impotencia más oscuros todavía, toman posiciones contra la revolución y la causa del pueblo. Nuestra causa no es nuestra causa personal sino la causa del pueblo.”

Si por “exigencia académica” quisiéramos señalar en Ricardo sólo una característica, hablaríamos de él como de uno de los más grandes educadores políticos que tuvo el FSLN. Pero lo más importante es que este papel de educador político-ideológico no estuvo limitado a un marco estrictamente teórico, sino que estuvo siempre acompañado de una acción consecuente de práctica revolucionaria.

Porque lógicamente Ricardo no estaba únicamente dedicado a la formación política de los cuadros que se movían en la legalidad. Entre otras cosas, él fue partícipe de los esfuerzos de preparación militar y de la formación de células populares.

La primera “escuelita” militar que se da en esa etapa de la década del 70, la impartieron él y Oscar Turcios, y en la misma participamos con cuadros como lo son hoy Luis Carrión, Joaquín Cuadra y Alvaro Baltodano. De igual manera estuvo involucrado en el entrenamiento militar de otros militantes sandinistas, con los que se empezó a conformar lo que posteriormente llegó a ser ese gran ejército popular que derrocó a la dictadura somocista el 19 de julio de 1979. También tuvo participación en algunas acciones militares realizadas en la década del 60, antes de su prisión.

Ricardo también participó en los primeros esfuerzos por formar nuestras células populares que se lanzaban a la organización de los barrios. En esta tarea, el primer proyecto lo desarrollamos con militantes de extracción popular del barrio de Subtiava, quienes tuvieron

mas, como carecer de la infraestructura operativa mínima necesaria. Entre otras cosas, el temor que había logrado desarrollar la guardia somocista en nuestro pueblo, limitaba las posibilidades de contar con casas de seguridad, lo que significaba que los hombres clandestinos —sobre todo los dirigentes— se desenvolvieran inevitablemente con esa carga operativa. En esta situación, la decisión de Ricardo permitió potenciar más su trabajo, dado que, entre otras cosas, pudo darle mayor amplitud al desarrollo de su actividad revolucionaria.

La situación de legalidad le permitió incidir en la formación acelerada de una serie de compañeros, muchos de los cuales llegaron a ocupar responsabilidades dirigentes en las filas del FSLN, tales como Luis Carrión, Joaquín Cuadra, Alvaro Baltodano, Dora María Téllez, Mónica Baltodano, Martha Cranshaw, Carlos Zamora, Carlos Carrión, así como de compañeros que cayeron en el transcurso de la guerra de liberación, como Edgard Munguía, Roberto Huembes, Oscar Pérez Cassar, y otros que pertenecieron a esa nueva forja de militantes del FSLN.

Compartimos con Ricardo, sin dejar de ser su discípulo, esa amplia labor de formación político-ideológica de una serie de militantes sandinistas que estaban destinados a fortalecer el FER, a penetrar y desarrollar organizaciones obreras y vecinales, o realizar otras tareas que demandaba el quehacer revolucionario en el orden conspirativo o militar.

Dicha experiencia nos permitió conocer uno de los rasgos más relevantes de la personalidad de Ricardo, que, lógicamente, nace de su vocación revolucionaria y de su claridad acerca del papel del dirigente. Nos referimos a la constante práctica de pedagogía política que hacía: no había temática o situación que no le resultaran oportunas para transmitir criterios y enfoques políticos que ayudaban a comprender y analizar mejor los factores políticos que incidían en la lucha revolucionaria, así como a superar métodos de trabajo y la práctica revolucionaria concreta.

En toda su vida militante, a Ricardo le tocó desempeñar ese papel de educador político, de forjador de las nuevas generaciones de militantes. Le tocó luchar ideológicamente contra algunas concepciones que limitaban y podían incidir negativamente en el desarrollo del trabajo revolucionario: atacar las corrientes claudicantes y de vacilación ante el enemigo. Su carta "En torno a la renuncia de Axel Soma-

rriba”, bien podría aplicarse a fenómenos que recientemente conociera nuestro proceso:

“Cuando un supuesto combatiente de la revolución abandona las posiciones revolucionarias para internarse inconsecuentemente en las posiciones contrarrevolucionarias, descubrimos que lo que en realidad hace es asumir el papel de defensa de la dominación de clase, de cómplice de la dominación burguesa e imperialista. Tal es el caso de Axel Somarriba.”

“Condenamos enérgicamente — como el pueblo condena a sus enemigos y traidores— a quienes, como Axel Somarriba, a fin de ocultar su falta de firmeza revolucionaria, a fin de satisfacer oscuros intereses personales, y dar salida a sentimientos de impotencia más oscuros todavía, toman posiciones contra la revolución y la causa del pueblo. Nuestra causa no es nuestra causa personal sino la causa del pueblo.”

Si por “exigencia académica” quisiéramos señalar en Ricardo sólo una característica, hablaríamos de él como de uno de los más grandes educadores políticos que tuvo el FSLN. Pero lo más importante es que este papel de educador político-ideológico no estuvo limitado a un marco estrictamente teórico, sino que estuvo siempre acompañado de una acción consecuente de práctica revolucionaria.

Porque lógicamente Ricardo no estaba únicamente dedicado a la formación política de los cuadros que se movían en la legalidad. Entre otras cosas, él fue partícipe de los esfuerzos de preparación militar y de la formación de células populares.

La primera “escuelita” militar que se da en esa etapa de la década del 70, la impartieron él y Oscar Turcios, y en la misma participamos con cuadros como lo son hoy Luis Carrión, Joaquín Cuadra y Alvaro Baltodano. De igual manera estuvo involucrado en el entrenamiento militar de otros militantes sandinistas, con los que se empezó a conformar lo que posteriormente llegó a ser ese gran ejército popular que derrocó a la dictadura somocista el 19 de julio de 1979. También tuvo participación en algunas acciones militares realizadas en la década del 60, antes de su prisión.

Ricardo también participó en los primeros esfuerzos por formar nuestras células populares que se lanzaban a la organización de los barrios. En esta tarea, el primer proyecto lo desarrollamos con militantes de extracción popular del barrio de Subtiava, quienes tuvieron

la oportunidad de recibir un curso intensivo de formación político-práctica para convertirse en dirigentes de su comunidad, que impartimos junto con Oscar Turcios y Pedro Aráuz.

Cuando después del terremoto del 72 se produce la gran huelga de los obreros de la construcción, con Ricardo conformábamos una especie de Estado Mayor, que, desde una célula clandestina, dirigía todas las líneas de acción y las tareas prácticas para conducir esa importante lucha de nuestra clase obrera.

Por otra parte, Ricardo fue uno de los artífices de la transformación del movimiento cristiano en un movimiento decididamente revolucionario, vinculado a la orientación política del FSLN. Este proceso para definir un papel estratégico revolucionario para los cristianos dentro de la Revolución Popular Sandinista, fue atacado por algunos sectores de la izquierda tradicional, que catalogaban esta actividad no como un medio de vincular a la lucha armada a este sector tan importante, que partía de un tipo de motivaciones distinto, sino como una desviación a los principios del marxismo. Situaciones como ésta lo llevaron a rebatir enérgicamente las interpretaciones erradas de la teoría científica, y a combatir a los grupos que, autollamándose comunistas, no observaban en la práctica una actitud de lucha consecuente, y con su sectarismo teorícista contribuían a la desunión del pueblo, que sólo a la burguesía beneficiaba:

“No basta autotitularse marxista-leninista para serlo, para ser revolucionario, ni basta tampoco llamarse socialistas o comunistas. Hay que demostrarlo en la lucha. La praxis política es el criterio de la verdad de los planteamientos políticos. Seguiremos llamando y denunciando como claudicantes a los partidos que dicen llamarse marxistas-leninistas, socialistas o comunistas, pero que en la práctica no pasan de ser el ala más radical del reformismo democrático-burgués. Denunciaremos siempre las traiciones que se hagan al marxismo-leninismo y a los intereses del pueblo. El marxismo-leninismo es el arma más poderosa con que cuentan los revolucionarios. Quienes realmente se guían por él no asumen las posiciones de la burguesía y en todo momento luchan por los intereses del pueblo y del proletariado.”

La multiplicidad de trabajos realizados por Ricardo pone de manifiesto el carácter multifacético del cuadro que, precisamente por esas cualidades, jugó un papel sumamente importante y supo ganar-

se absoluto reconocimiento y autoridad ante la militancia, pese a no encontrarse en la clandestinidad. Y nos referimos a esto porque algunas veces, sobre todo en esos años del 70, la condición de legalidad de los cuadros no dejaba de ser, en un principio, factor limitante para la autoridad, puesto que en particular los militantes más jóvenes concebían en el hombre clandestino al revolucionario por excelencia. Sin embargo, con el ejemplo de Ricardo esas valoraciones se transformaron, a la par que los militantes percibían la gran movilidad de quien se desplegaba de las aulas universitarias a prácticamente toda la región del Pacífico, ya fuera en entrenamientos militares, en tareas organizativas, en los ajustes de la logística y la infraestructura operativa, etcétera.

Aunque Ricardo estuvo vinculado a la etapa de preparativos del reinicio de la lucha armada en la montaña y la ciudad, muere sin poder ver su reactivación práctica, el 18 de septiembre de 1973. Ese día, Ricardo se encontraba junto con Oscar Turcios en Nandaime, desarrollando tareas logísticas de la organización. Ambos son capturados y posteriormente asesinados. No podía esperarse otra cosa cuando el enemigo estaba consciente de que de ninguno de los dos obtendría información que le permitiera profundizar la represión, y que, por el contrario, su permanencia en prisión le significaría tener un problema adicional, dada su calidad de dirigentes. El mismo enemigo nos confirmó con el tiempo, que tanto Ricardo como Oscar asumieron una actitud de total valentía y entereza a la hora en que cobardemente fueron asesinados por una patrulla de la guardia somocista.

Al producirse su muerte, ya el FSLN ha logrado avanzar en la organización de la guerrilla. Precisamente meses antes habíamos efectuado reuniones con Henry Ruíz y Víctor Tirado, responsables de la montaña, a fin de ir preparando las condiciones para reiniciar las acciones armadas en ese pedazo de la patria. Asimismo, a nivel urbano habíamos logrado entrenar cierta cantidad de compañeros, con lo que se vislumbraba la posibilidad de reiniciar a corto plazo la lucha armada en la ciudad.

Tras su inmolación queda una síntesis de las cualidades que caracterizan a los verdaderos sandinistas, tanto en su papel de dirigente y combatiente revolucionario como en su vasta contribución al enriquecimiento de las premisas teóricas de nuestra Revolución Popular Sandinista.

La presente publicación recoge algo de la obra teórica revolucionaria de Ricardo Morales, expresada a través de los escritos elaborados en prisión (entre estos sus poemas), de las conferencias y charlas impartidas, de la correspondencia intercambiada con otros dirigentes y cuadros intermedios, etcétera. Su lectura y estudio tienen un alto valor formativo, por cuanto constituyen el testimonio vivo de un revolucionario, de un dirigente sandinista que supo avalar con una práctica consecuente la riqueza del pensamiento de la revolución.

Bayardo Arce Castaño

Julio de 1982